

## XXVII

El Cuervo adusto y Filomela  
se habían posado entre los árboles sangrantes.  
El ronco graznido del pájaro se mezclaba con el lamento de ella,  
y su sangre goteaba, hendiendo la oscuridad,

en la rosa roja y abierta,  
en la rama partida del melocotonero,  
empañada por bocas perfumadas, cada una de las cuales  
le cantaba a otra, y se cerraba.

Entre los chantres apasionados  
del tiempo y la estación y el amor y la muerte,  
Filomela, la del aliento enjoyado,  
sueña con volar, pero no se inmuta.

Goteaba su sangre en la rosa y el melocotonero.  
El amor ha requerido un sacrificio.  
Por su mano ha matado a su boca;  
por su mano su boca está muerta.  
Entonces el Cuervo, adulto y afligido  
por la lenta desesperación del tiempo,  
deja que Filomela se desgañite,  
hasta que se extingue su voz.

Filomela, en la roja raíz del dolor,  
floreció y cantó, y el dolor desapareció;  
y una vez que hubo cantado y sido olvidada,  
el Cuervo rompió el silencio y habló.

El Cuervo adusto y Filomela  
se habían posado entre los árboles sangrantes.  
El ronco graznido del pájaro se mezclaba con el lamento de ella,  
y en la rosa y el melocotonero goteaba su sangre. —

*Versión de Eduardo Moga y Daniel C. Richardson*